

NOMBRE: Antonio Alarcón

PERSONAJE: HIKIKO, el mimo consolero

Hikiko Ghost & Hikiko Goblins

Estaba sudando, podía oír sus jadeos nítidamente y notaba como su aliento navegaba a lo largo de toda su cabeza con cada expiración. El casco limitaba su visión a unas pocas líneas verticales demasiado pequeñas para percibir con precisión qué estaba ocurriendo más allá de los grados que su arco de visión abarcaba.

La armadura de hierro le rozaba todo el cuerpo, no había ni un miserable trozo de cuero que hiciera de aislante entre el hierro y la piel, de hecho, no notaba ni pantalones ni camisa, estaba desnudo bajo el metal e intuía una telilla tapando sus genitales al más puro estilo "Tarzán".

De pronto oyó un ruido a su derecha, ¿o era a su izquierda?, maldito casco, giró noventa grados y se encontró de frente con un zombi verde con la cara desencajada que se acercaba velozmente hacia él. Instintivamente levantó el brazo y para su sorpresa una lanza apareció de la nada sobre su mano. Aniquiló al zombi con ella el cuál saltó en mil pedazos al recibir el impacto y dejar así visible al siguiente zombi que se aproximaba unos metros más atrás.

Mató de esta forma unos cuantos zombis. Se sentía seguro de sí mismo y, fuera lo que fuera ese lugar, saldría victorioso. Súbitamente empezó a parpadear todo a su alrededor. La armadura y el casco se evaporaron frente a sus ojos, ¿qué estaba ocurriendo? Instintivamente su mirada se dirigió hacia una roca que flotaba en el aire sobre la cuál había nada menos que una planta carnívora lanzando una especie de bolas venenosas de carne picada. Tomó una de sus lanzas y la atravesó sin piedad. Tuvo que saltar para no despeñarse por una especie de acantilado y repentinamente todo el escenario cambió.

Ahora se encontraba en un castillo y frente a él un enorme demonio que podría acabar con su vida en un abrir y cerrar de ojos pero no acabaría tan fácilmente con su voluntad. Se dio cuenta de que esta vez de sus manos salían bolas de fuego en vez de lanzas. Se armó de valor y comenzó a correr hacia el demonio lanzando bolas de fuego a una velocidad sorprendente. La lucha fue más breve de lo que presumía y en el momento de chocar con la demoníaca criatura ésta saltó en mil pedazos dejando únicamente una nube de polvo rojizo y un silencio sólo roto por los rápidos jadeos de su acelerada respiración.

El polvo se fue esfumando poco a poco y dejó entrever una figura al final de la sala del castillo. Era un cuerpo de mujer, engrilletado a la pared. ¡La princesa! Pero algo no iba bien, no notaba el sentimiento de alegría y triunfo que debía notar en ese momento. La

princesa tenía la cabeza gacha sujeta entre los brazos. No se movía o le pedía auxilio, estaba viva pues su pecho subía y bajaba lentamente, pero no despedía ningún tipo de sensación, ni un sollozo de angustia o un llanto contenido que explicara un posible estado de shock. Sencillamente parecía no alegrarse de verle.

Se acercó a ella, acarició su mejilla con suavidad, procurando con ese gesto que ella le mirara. Y lo hizo. Clavó sus azules ojos en los de él lanzando una mirada de hielo que le hizo dar un respingo hacia atrás. ¿Qué hacía ella allí? ¿Qué pintaba ella en su cabeza a estas alturas después de tanto tiempo? Ella comenzó a incorporarse y lo único que pudo ver antes de despertarse fue el colgante que llevaba al cuello. Dos lágrimas unidas que formaban un corazón.

Abrió los ojos. La misma mancha de humedad de siempre en la esquina del dormitorio. Se incorporó en la cama, las sábanas estaban empapadas. Tendría que pasar el día tratando de olvidar la mala pasada que le acababa de jugar el subconsciente.

Para ello, lo mejor, la rutina de siempre. Una ducha, un exiguo desayuno ingerido sin hambre y a maquillarse para el trabajo. No funcionó. La cara de la única persona que había querido y había dejado escapar volvía a su mente una y otra vez. El valor que rezumaba cada uno de sus poros en sus sueños brillaba por su ausencia en la vida real. Era cobarde. Se sentía cobarde. Jamás tuvo el valor de decirle a esa chica lo que sentía y esa sensación le martirizaba cada día.

Trató de evadirse de todos estos pensamientos negativos, miró el espejo para concentrarse en el maquillaje y se sorprendió a sí mismo por lo que acababa de dibujar. Había cambiado sus habituales estrellas alrededor de los ojos por dos lágrimas, una blanca y una negra, perfectamente perfiladas que simulaban caer cada una de un ojo. Dos partes de un corazón irreconciliables sobre un lienzo triste y escuálido.